551

FELIPE BARREDA Y LAOS.

TENDENCIAS INTELECTUALES QUE PREDOMINARON EN EL PERU, EN EL SIGLO XVII.

——— O ———

T E S I S

PARA EL BACHILLERATO DE LETRAS.

———

1909

TENDENCIAS INTELECTUALES QUE PREDOMINARON EN EL PERU, EN EL SIGLO XVII.

En el siglo XVII se consumó en Europa una revolución en el espíritu y en las costumbres: concluye el Renacimiento, el pensamiento adquiere nueva forma; el entusiasmo, la exitación de la fantasía, el hervor tumultuoso de las ideas nuevas se calman, se satisfacen, y después de la originalidad sin freno, de las profundas penetraciones de Charron y de Montaigne, de Nicolás de Cusa, de Bernardino Telesio, de Copérnico, de Galileo, de Campanella, Bacón y Newton, la imaginación se templa, el pensamiento se disciplina, vuelve sobre sus pasos, recorre de nuevo el dominio conquistado, con curiosidad tranquila, con el reposo que sigue á las grandes crisis del espíritu. Las intuiciones inspiradas son reemplazadas por descom-

posiciones metódicas, la percepción del conjunto por la observación analítica, la invención por la crítica, la filosofía teológica por la filosofía de la experiencia; aparecen Locke, Berkeley, y más tarde, David Hume. España, aislada del resto de Europa, ensimismada, permanecía extraña á estos movimientos intelectuales. El Renacimiento, había producido en la Península, en los comienzos del siglo XVI un movimiento intelectual de libertad y de progreso. Pero esos momentos felices para la vida intelectual de España fueron bien cortos. La obra de regeneración intelectual comenzada por la reina Isabel de Castilla, por los educadores Italianos, Antonio y Alejandro Geraldino, Pedro Martyr d'Angleira y otros, produjo esas valientes generaciones intelectuales á las que pertenecieron Antonio Nebrija, Luis Carbajal, Francisco Sánchez, Luis Vives, Francisco Victoria, Juan López de Palacios Rubios, Diego de Covarrubias y Leyva. Pero en tiempo de Carlos V y Fleipe II el movimiento intelectual se detiene, y se inicia la persecusión del pensamiento. Desde que aparece la Reforma y hace Lutero su protesta en la dieta de Espira, la Iglesia y la Monarquía que tanta protección dispensaron en España al Humanismo, se inquietan: temen que el movimiento liberal comprometa la preponderancia de la Religión y la estabilidad de la Monarquía: desde entonces, se inicia campaña implacable contra la libertad del pensamiento, y la Inquisición ejerce sobre la enseñanza vigilancia exagerada que paraliza todo progreso. El Santo Oficio examina todas las obras impresas, y hace publicar su Index Expurgatorio. To-

da obra requiere permiso especial para publicarse, y ningún libro de Francia ó de Alemania,puede pasar las fronteras sin licencia de circulación. Para evitar el contagio del luteranismo, Felipe II impidió á todo español ir á estudiar en país extrangero. España vive entonces para el Catolicismo, se propone con empeño evitar el peligro de la incredulidad. El principio de autoridad esterilizó de nuevo el soplo vivificante del Renacimiento, y la inteligencia hizo movimiento de regresión hacia la Edad Media. La vida comunicada por el Renacimiento Italiano á colegios i universidades de la Península, pereció por el despotismo de los reyes y la tiranía de la Iglesia.

La vida intelectual del Perú, era reflejo de la de España: con la experiencia verificada en la Metrópoli, el primer cuidado de la Monarquía y de la Iglesia, fué la sumisión incondicional del pensamiento. El Perú debía vivir en tal estado de espíritu, que fuera incapaz de aspirar á la libertad intelectual y política. Un sectarismo religioso, político, exclusivo y estrecho, fué desde el origen, razgo distintivo de educación colonial. En pleno siglo XVII la juventud intelectual del Perú nada sabía de las victorias ruidosas del pensamiento sobre las negaciones sistemáticas de la fé: para élla,el Renacimiento pasaba inadvertido; apenas hay, como veremos, algún maestro peruano que se preocupa de leer las obras de los humanistas. El espíritu se desvanecía en la languidez de un ensueño voluptuoso y místico; el pensamiento penetraba en el cielo, perdía su potencia y se dispersaba en esfuerzos infinitos, luchando

en vano por llegar al Eterno; el alma se torna enemiga de lo preciso, de lo concreto; ama los paisajes borrosos, la luminosidad velada, la idea imprecisa apenas bosquejada, oculta en frases oscuras, alambicadas: se ama la sombra y el reflejo,no la realidad viviente, ni la luz intensa. La juventud intelectual y los maestros viven abstraidos, con la mirada inquisidora clavada en los cielos, por donde huye majestudosamente la Jerusalem celeste, la ciudad del Bien y de la Belleza; y creen percibir, velado por las nubes que al rededor se ciernen, el fulgor de la Verdad que arde eternamente sobre las soberbias torrecillas de la ciudad divina. La afición á lo confuso se manifestó como tendencia intelectual, no solamente en el carácter de los estudios, en investigaciones y polémicas: el lenguaje sufrió modificaciones notables, el gusto literario experimentó desviaciones culpables, de necesidad fatal, porque respondian á originalismo estado de alma.

Expresarse confusamente, ocultar el pensamiento en frases divididas, en las que, por abuso del hipérbaton, la trasposición de palabras hace incomprensible el significado: encerrar la idea en verdaderos logogrifos, cuya descifración proporcionaba á los lectores oportunidad para discutir la intención del autor; abusar de la construcción latina, tenían que ser tendencias predominantes, decisivas, en literatura creada por inteligencias que vivian de confusión, amantes de lo insoluble,de lo tortuoso, victimas del esfuerzo por interpretarlo todo caprichosamente y del hábito de desentrañar creencias de pasajes

1661 y 1666. Nombrado consultor de la Inquisición y calificador de la misma institución, se distinguió por la honradez de sus juicios. Fué, también, consejero respetado de virreyes y arzobispos. Avendaño dejó escritas las siguientes obras: Cartas de la Prvincia del Perú, de la Compañía de Jesús, de los años 1663 á 1665 al R. P. General de la misma Compañía - Epitalamio á Jesucristo- Problemata Theologica - Cursus Consummatus, seu recognitiones theologicae spositivae scholasticae et morales - Thesaurus indicus, en dos grandes volúmenes que se conservan en la Biblioteca Nacional y Problemata Theologica, en dos enormes mamotretos que lós he hallado, confundidos entre los más viejos libros de la Biblioteca de esta Universidad de San Marcos. Ambas reliquias literarias están escritas en latín. Thesaurus indicus, obra publicada en Amberes en 1668, servía de verdadero instructor para todo aquello que á Indias se refería. En ella se ocupa Avendaño extensamente, de los derechos y obligaciones de los Reyes Católicos respecto de los indios: de las obligaciones de éstos, para con la Religión y el monarca; de los derechos de los indios al propio patrimonio, y de la administración de justicia; de los deberes de los jueces y de los delitos en que pueden incurrir; de los contratos que los industriales pueden celebrar libremente con los indios, del problema de la libertad de indios y de etiopes.

Los capítulos más notables de la obra, son aquellos que Avendaño dedica á la defensa de los derechos de los indios y á condenar la esclavitud de los negros. Dos orientaciones dis-

tintas caracterizan á estas defensas: una religiosa, otra jurídica. En el capítulo IX, vol. 1° aconseja á los Reyes Católicos redimir á los indios totalmente de la esclavitud: esta parte de la defensa, guarda estrecha analogía con la que hizo Las Casas en su oposición á Sepúlveda. Avendaño no agrega ningún argumento teológico nuevo. Comienza publicando la bula que Calixto III, y Nicolás V dieron al Rey Alfonso y á los sucesores, autorizándolos para invadir, conquistar, subyugar y reducir á la esclavitud á reinos, ducados, ó principados enemigos de Cristo. Critica la adopción rigurosa de una medida tan cruel, afirmando como lo hizo Las Casas, y posteriormente Acosta, que, esas prácticas de violencia, solo pueden tener aplicación "cuando los pueblos" "son enemigos de la Iglesia", pero no cuando se constituyen, como los indios, en amigos de sacerdotes y creyentes de doctrinas católicas. Recordaba Avendaño los consejos sabios de los primeros moralistas cristianos, y creía, al igual que éllos, que la fé sincera no se aviene con soluciones de fuerza; recomendaba á los sacerdotes de Indias la predicación y el ejemplo edificante, con que debian convertir á las gentes oprimidas. Avendaño no quiso impugnar abiertamente las constituciones apóstólicas y buscó una solución que conciliara la libertad indígena que tanto anhelaba, con las bulas de los Papas, cuya autoridad no deseaba desprestigiar. Entonces el autor de las "Tésis indias" luce un pensamiento original. La esclavitud no es para él, ni el estado natural de los que no son cristianos, ni la condición normal de los con-

denados por la naturaleza á eterna servidumbre: estas doctrinas católicas y aristotélicas, tan prestigiadas en 1550, cuando se reunió el congreso teológico de Valladolid, las condena rotundamente y las llama "Scandalum Evangelii" (1).

Para Avendaño, la esclavitud es un estado imperfecto, y representa un momento de tránsito hacia formas sociales más perfectas. No es un estado natural, sino un accidente en la vida de la humanidad, que parece guiada en sus progresos por una ley de perfección. La libertad, según este autor, corresponde al hombre por Derecho Natural. Es doctrina perfectamente acomodada á la leyenda bíblica, según la cual, el hombre en su estado natural, recién salido de las manos de Dios, es conjunto de perfecciones y de preciosos atributos, que pierde por sus errores, vicios y caídas. La humanidad es así para Avendaño, perfecta en sus orígenes, en su remoto pasado y en su porvenir; y su proceso en el tiempo, puede gráficamente representarse por una elipse, cuyos dos focos representan uno el Bien y otro el Mal. La humanidad surgió del primero de ellos, en su órbita ha recorrido el vértice más lejano de la elipse, y regresa al foco primitivo, al Bien, guiada por una ley de perfección. ¡¡Qué hermosa doctrina, para sentir en el presente un optimismo alentador!! Esta invención caprichosa, aminoraba en algo el peligro que para el desenvolvimiento y progreso humanos implicaba la doctrina de Las Casas. Fr. Bartolomé, aceptan-

(1) Thesaurus indicus, cap. IX, Tomo 1°.

do en toda su amplitud, la bíblica leyenda del paraíso perdido, se lamenta de la obra humana que en el tiempo ha producido la desaparición de atributos superiores, antes poseídos por primitivas familias: en consecuencia, el ideal se coloca en el pasado, se teme al porvenir y se desconfía del progreso. Avendaño, atenúa estos peligrosos efectos, suponiendo que ya ha pasado para el mundo el momento de su mayor desgracia é imperfección, y que la humanidad avanza seguramente hacia el Bien, vuelve á la felicidad, á la eterna alegría: confía en el progreso humano, espera felices sorpresas del porvenir glorioso, que ya proyecta sobre el presente, intensos y dorados resplandores: desea el movimiento y lo estimula. Hay en ambas concepciones, rigorismo casi fatalista; pero para el progreso individual y colectivo, es superior en valor la creencia de Avendaño, porque es dinámica; es mejor creer que estamos condenados al movimiento, á la alegría, á la felicidad y al placer, que suponer que, por ley ineludible, hemos sido destinados al dolor, al sufrimiento, á la desgracia, al lamento perpétuo y al eterno llanto: concepción que solo ocasiona en la vida, pasividades estériles y perjudiciales reposos, puesto que dá por seguro la inutilidad de la acción.

Comenta Avendaño la bula de Nicolás V y afirma que, según ella, toda guerra contra indígenas debería obedecer á un motivo de orden religioso, razón que no podía invocarse en el Perú, porque sus habitantes no oponían resistencia á la propaganda del Evangelio. Al derecho que creían tener los españoles para

561 JK2 36

conquistar, oponía el derecho de resistir, que concedía á los indios diciendo: "la propia defensa es derecho natural". De esta tendencia religiosa de la defensa, derivaba el aspecto jurídico de la misma. Avendaño, atribuye inmensa importancia á la ley natural, doctrina apoyada sobre las palabras pronunciadas por el apóstol Pablo á propósito de la ley gravada en el corazón de los hombres. Toda conclusión, todo juicio moral, tiene por base ciertas ideas implantadas por la Divinidad é innatas en cada hombre. Teoría idéntica á la sustentada por Felipe Melanchthon en su Ética: como éste y como Hemmingsen, Avendaño considera los diez mandamientos como el compendio del Derecho Natural. Desde el tiempo de Francisco Victoria, Melchor Cano, Domingo Soto y Las Casas, el concepto de la libertad de la personalidad, del derecho del hombre para disponer de si mismo, de las cosas espirituales y temporales, había progresado notablemente. Avendaño afirma que los derechos á la vida y á la libertad, son fundamentales derechos naturales: alguna influencia había tenido para el desarrollo de este concepto de amplia libertad personal, las guerras de religión en los Paises Bajos y en Francia, y la literatura política que esas luchas inspiraron; porque sirvieron para fortificar la idea de la libertad del pueblo, de la independencia del espíritu, y de la emancipación del Estado frente á la Iglesia. Pero la lucha por la afirmación de la libertad religiosa, estaba estrictamente ligada á la lucha por la conquista de la libertad civil, que debía asegurar lentamente la soberanía del

pueblo. Las Casas, con su doctrina del"pacto constitucional del tributo", restringió las facultades del monarca, dando gran importancia á la voluntad popular; y cuando Altusio escribió su política, la idea de un contrato primordial entre el pueblo y el gobernante, vino á ser la base de todas las investigaciones de Derecho Público. La teoría del contrato había sido ya empleada en la Edad Media, en la querella de la Iglesia contra el Estado, como arma, contra las pretensiones de la Iglesia á la supremacía; también fué tomada como punto de partida en obras de polémica por muchos publicistas, como Hubberto Languet, Francisco Hotman y otros; fué acogida por católicos, principalmente por escritores jesuítas, entre los cuales figura Avendaño, que dá inmensa importancia al contrato, considerándolo como la más notable fuente de derechos y obligaciones. Convenía esta doctrina á los intereses eclesiásticos: según ella, la Iglesia subsistía como la única sociedad emanada de lo alto, en tanto que el Estado se edificaba á consecuencia de una convención variable, basada en la voluble voluntad humana: el poder de las monarquías quedaba así abatido, no era ya tan estable, tan sólido ni tan temible.

Si la libertad es, para el autor que estamos estudiando, un derecho natural, ella queda bastante restringida cuando en posteriores capítulos del libro que comentamos, se ocupa de las obligaciones de los indios. Se impugna duramente el sistema de mitas "que menoscaba la gente de esta tierra, siguien-" "dose mucho daño é inconveniente á la vida de los indios"; si

defiende con calor la tésis de que no debe haber trabajo exijido sin remuneración pagada, y que es necesario asignar siempre á los indios, salarios que les permitan atender á su subsistencia(1), en capítulos siguientes restringe la libertad indígena exageradamente: fundándose en razones de interés social y de bienestar colectivo, declara ser lícita y justa la compulsión al trabajo, porque "los vasallos son miembros de "la República y es necesario que ante todo, ésta subsista". Avendaño, parece entonces contradictorio: defiende una tésis opuesta al individualismo; hace del Estado una entidad sustantiva, de la que los individuos son miembros temporales, y no duda en imponer á éstos, grandes sacrificios, para "que se "cumplan los fines de esos seres trascentales". Hay en la historia de las doctrinas filosóficas y sociales, analogías misteriosas que atraen la atención del observador; no obstante el incesante transcurrir de los años, parece que el pensamiento de la humanidad, en el pasado como en el presente de su vida, se empeñara en encontrar las mismas soluciones para problemas formulados desde época remota. Se inventan nuevos nombres para viejas doctrinas, cuyo espíritu permanece inalterable. Después de dos siglos y medio que Diego de Avendaño formulara su concepción de la sociedad y de la República, Gierke, en "Die Grund begriffe des Staats" expresaba idéntica doctrina; Tarde en "L'Opositión universelle", pag. 402, dice,

---

(1) Thesaurus indicus, Tomo I, pag. 29.

con sorprendente coincidencia: "si las sociedades son seres "superiores y distintos, el sacrificio de las vidas individua- "les, aun en totalidad, á los fines, [illegible] á los simples capri- "chos de esos seres trascendentes, es la cosa más natural del "mundo". Maravillosas analogías de espíritus distanciados por muchos años; similitudes que no pueden sorprendernos, porque ya sabemos con el maestro Plotino que "el Uno es todo y todo "es Uno".

Avendaño no discute como hizo Acosta, el título de los Reyes Católicos á la dominación de Indias: para él es axiomático el señorío absoluto de los monarcas castellanos sobre estas regiones americanas. Fundándose en tal creencia, defiende la bondad del tributo: "los indios son vasallos, y deben nece- "sariamente socorrer á la administración". Exceptúa de este gravamen á los trabajadores de las minas, por lo exiguo del salario y el enorme esfuerzo que la labor demandaba, y critica con abundantes y eficaces pruebas el <u>tributum per capita</u>, que hacía disminuir la población, introduciendo la delincuencia en la familia, interesándola en la desaparición de parientes jóvenes.

Pero Avendaño incurre en notoria y censurable contradicción: en los primeros capítulos de su libro, le hemos visto manifestarse enemigo decidido de la falsa conversión religiosa: decía que la fé sincera no se avenía con soluciones de violencia: sin embargo, cuando discute la cuestión del tributo, dice, olvidándose de sus anteriores y sensatas doctrinas: "con "justicia, puede imponerse á los indios <u>infieles</u> rigurosos tri-

butos". Fundaba esta afirmación en razones pueriles, en que los Reyes Católicos eran dueños absolutos de las Indias, bajo cuya tutela estaban y, como los monarcas, según la bula pontificia, debían convertir estos dominios al Cristianismo, era evidente y lícito compeler á la fé á los rebeldes indios infieles, con fuertes tributos: después de convertidos, agregaba Avendaño, "debe tratárseles con toda liberalidad y benignidad". Teoría de violencia, apta únicamente para producir esas hipócritas conversiones contra las que, en diversa oportunidad, declamó con energía el mismo sacerdote jesuíta; sistema que echaba por tierra toda la anterior labor en pró de la libertad indígena, que ahogaba la personalidad individual y la propia conciencia, haciendo del monarca, el soberano y absoluto señor de todas las almas. Avendaño era como Acosta, fiel sacerdote jesuíta; esta circunstancia, explica las contradicciones en que incurre. Es que ya abordaba la cuestión de la infidelidad: perdía entonces su reflexión serena, se agitaba encolerizado, comenzaba el sagrado delirio que ofuscaba, destruyendo la sensatez del juicio. Desaparecía el pensador, para ser sustituido por el fanático de odios implacables, por el autómata monoideísta, que con sus movimientos nerviosos destruía la anterior creación propia, pisoteando toda lógica.

Después de la defensa de los indios, el capítulo más interesante del "Thesáurus indicus", es aquel en que Avendaño levanta su voz airada contra la esclavitud de los negros(1). En

(1)

566 +87

favor de la libertad de éstos, realiza el autor la misma labor bienhechora que Las Casas emprendió en provecho de los indios. Avendaño se conmueve ante el indigno y repugnante espectáculo ofrecido por esos cargamentos humanos de negros importados, arrancados sin piedad á sus patrias lejanas, comprados á sus crueles jefes por un puñado de monedas, é introducidos en el Perú como rebaños de animales, para el servicio de los patrones de rudeza inflexible, para morir agobiados por la carga ominosa de un trabajo agotador, sin remuneraciones equitativas, sin halagos, y sin más esperanza, que la de evitar los infamantes castigos del amo descontento y sanguinario.

Consecuente con la doctrina sustentada al estudiar problemas referentes á los indios, Avendaño declara que los etiopes tienen también "jus naturale" y posesión de su libertad. La venta de esclavos no es título de cautividad, "sino violación "de la justicia y del derecho"(1). Los contratos de los mercaderes de esclavos son viciosos desde su origen, porque la posesión de la víctima, sin título que la justifique, es opuesta á toda noción de derecho; y del mismo carácter de injusticia y de arbitrariedad, participa la enajenación consumada posteriormente. Avendaño declara que los mercaderes de esclavos por el inhumano abuso á que habitualmente se dedican, pecan mortalmente y violan preceptos fundamentales del Cristianismo. Sin vacilar, el venerable jesuíta, aconseja al rey, otorgue á los negros libertad absoluta y sin condiciones. Este capítulo es la

---

(1) Thesaurus indicum, Tomo 1°, cap. 12, Tit. 9.

nota más simpática del Thesaurus indicus, por la altivez é independencia de espíritu que en su autor revela, virtudes que se difunden en frases enérgicas, inflamadas por el entusiasmo que la nobleza de la idea comunica. Desde la época de Las Casas, nadie había abogado con más decisión por la libertad de los oprimidos y el bienestar de los esclavos. Mendiburu, dice de Diego de Avendaño, en su Diccionario: "..... fué, pues, "un teólogo jesuita, el que produjo primero que otros filósofos, "la idea de la libertad de los negros"(1). Respetando tan autorizada palabra, nos permitimos creer que esta afirmación es equívoca. Un siglo antes, la misma doctrina había sido defendida por otro teólogo. Si es cierto que en 1517, Fr. Bartolomé de Las Casas presentó á la corte un proyecto que permitía la libre saca de negros, para llevarlos á las Antillas y emplearlos como trabajadores en las minas y en haciendas de caña, condenó en escritos posteriores este proyecto contra etiopes, arrepintiéndose de haberlo concebido, y declarando que los negros estaban en el caso de los indios, por razones del todo iguales. Fué, pues, un teólogo domínico, quién un siglo antes que don Diego de Avendaño se empeñara en igual empresa, quiso conquistar la libertad de los negros. Pero la voz de estos luchadores del derecho se perdió sin conseguir enmendar errores, entre desprecios de los indiferentes y amenazas de los traficantes inescrupulosos y ofendidos. Un siglo había transcurrido desde las memorables victorias oratorias de Fr. Bartolomé, y seguían pesan-

(1) Mendiburu, Dic., Tomo 1°, pag. 410.

do sobre las razas vencidas las mismas opresiones é idénticos vejámenes, sin que bastara á contener el temerario abuso, ni los escrúpulos del monarca, ni los mandatos benévolos de algunas leyes, que escritas quedaban, impotentes para luchar contra la rapacidad de los aventureros y las culpables complacencias, debilidades y favores de los administradores de la Colonia.

La defensa de Avendaño no tuvo la resonancia que la de Las Casas: ni fué motivo para la convocatoria de un Congreso como el de Valladolid, ni la corte reparó en élla, ni los reales consejeros la tomaron en consideración; quedó escrita en un libro que pocos leyeron, fué una protesta aislada, inadvertida, de un sacerdote de alma humana y justiciera. La injusticia y el atropello eran hábitos muy arraigados; quién se conmovía del sufrimiento ajeno era hombre extravagante, quién levantaba la voz en defensa del oprimido sin piedad, era tenido por semi-loco. Entre gritos de desesperación y de angustia, de infinidad de desgraciados esclavos agonizantes, ante un régimen de cruel violencia, se escuchaba la quejumbrosa palabra de Avendaño: era una voz lejana y armoniosa, desprendiéndose como un aleluya, del sagrado silencio de un claustro conventual; y se esfumaba lentamente, como la perdida iglesia de Uhland entre extraviados bosquecillos. Era un grito redentor que se perdía en el convento, entre los susurros de aguas de surtidores, que caían sobre fuentes cristalinas, en floridos jardines de monasterios. Era una preciosa y alada mariposa, que revoloteaba entre los claustros, sin atreverse á traspasar los muros:

hasta ella llegaba el humo asfixiante de vecinas hogueras; afuera, el fuego subía muy alto, las llamas devoradoras habrían quemado sus preciosas alas, y caída en el suelo candente, la dorada mariposa hubiera encontrado muerte segura. Perdida la voz de Avendaño entre desprecios, indiferencias de los opresores y desconsuelos de los vencidos, fué como el chillido de una cigarra, que vive oculta, confundida entre malezas: fué débil eco de una voz ahogada, que algún dia debía convertirse, en estridente rugido de un león dominador.

Los Problemas Teológicos, comprendidos en dos volumenes, escritos en latín, existen en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos. El primer tomo se ocupa del "Dios Uno", su existencia, constitución y atributos. Las doctrinas que Avendaño expone, están inspiradas, principalmente, en las opiniones de Aristóteles y Santo Tomás. Para demostrar la existencia de Dios, emplea la prueba aristotélica: "el movimiento viene de "un motor y se trasmite á un móvil; pero de motor en motor se "llega á la causa primera de todos los movimientos; esta cau-"sa es Dios". Avendaño refuerza la prueba en favor de la Divinidad, con un silogismo idéntico al empleado por el padre Molina con el mismo objeto. "Mundus non est a se; ergo ab alio". El antecedente es de una evidencia incontestable, "quia nihil po-"test facere se ipsum. Mundus est ab alio prodedendo in infi-"nitum, quod sit ejus pars; ergo, ab alio qui sit extra ipsum, "et hic est deus". Avendaño cree q. en el mundo domina la contingencia, haciéndose indispensable pensar en una causa que haya

"extraído á los individuos del "no ser" "al ser": piensa que la idea de una sucesión casual de fenómenos, sólo puede aceptarse con mucha prudencia, porque conduciría á una concepción determinista en que los seres aparecerían como esencialmente necesarios, creencia que rechaza en absoluto; pero remontándose al origen, á las causas primeras de los individuos, la necesidad de salvar la contingencia, conduce á Avendaño á afirmar que, la primera causa procede no por necesidad, sino con indiferencia; hace de Dios un sèr indiferente, semejante en algo al concebido por Dums Scoto; pero la indiferencia no es una virtud moral, y al asignarla como atributo á Dios, se convierte en inmoral la voluntad del Sèr Supremo: no meditó lo suficiente el venerable jesuíta, en esta rigurosa consecuencia, que hubiera evitado, si en lugar de la indiferencia, señala á la divina voluntad como distintivo, un atributo más abnegado, más humano y más divino: el amor, por ej., que tan elocuentes frases inspiró á San Pablo. Dios es, para Avendaño, acto puro, es decir, sèr que posee por razón de su esencia su perfección; siendo su perfección idéntica á su esencia, es acto. No siendo su acto, mezcla de potencialidad, se llama Acto puro. Los sères á medida que están en potencia son imperfectos: en la misma medida son susceptibles de actualización, son perfectibles."Pero Dios que es por esencia acto puro, no es perfectible, sino perfecto". Entre los atributos divinos, considera la singularidad, cuya existencia demuestra con argumento

571 J62 32

ya empleado por el padre Suarez: la Divinidad es sèr necesario; pero en concepto escolástico, tal nombre solo se aplica al sèr que en sí posee la esencia necesaria para todas las existencias; ese sèr solo puede ser Uno. La infinitud, es otro privilegio divino. Entre los tomistas, el infinito era considerado como "acto puro y subsistente", no comprendido en ningún sèr creado. Se le concebía negando los límites que afectan á lo finito. Avendaño critica esta concepción, siguiendo las observaciones del padre Vásquez: el acto puro, formalmente, es opuesto á la potencialidad; pero la carencia de términos no lleva consigo la supresión de esta última imperfección: así, por ej., la materia carece de término y, sin embargo, no carece de potencialidad. El infinito es, para Avendaño, incomprensible. Dios es para él la "perfección formalmente, no eminentemente como afirmaron algunos tomistas", porque esta última expresión significaría comparar, equiparar, lo cual es imposible, porque la perfección infinita vive fuera de lo imaginable. Esta última idea la expresaron de modo más completo, muchos siglos antes, los antiguos hebreos y viejos hindúes. La Kábala hebraica, cuando identifica á Dios con lo absoluto, designa al Eterno con esta sencilla palabra: "AIN SOPH". (aquello que solo existe negativamente): y el hindú, para hacer de Brahama un ente ininteligible, misterioso, superior al intelecto humano, no se atreve á llamarle ni siquiera principio primero, porque sabe que el Absoluto carece de relaciones, y el término primero, de-

572 V63

signa el primer término de una serie, é implica relaciones con términos siguientes. El hindúe, metafísico por tendencia natural, jamás menciona al Absoluto. Cuando al teósofo se pide que hable de Él, se calla y se ensimisma; cuando se le objeta que, sin atribuirle predicando alguno, Brahma no debe existir, el teósofo hindúe, considera la no-existencia como atributo que también niega. Sabe que únicamente el silencio, es capaz de expresar al Absoluto. Brahma, vive por encima de todas las discusiones, de Él nada es posible decir. Y es, que el hindúe supo, desde hace muchos siglos, que, para salvar á la Divinidad, es necesario que el racioninio humano no se ocupe de élla. ¡¡Qué sabia advertencia para los metafísicos cristianos, que corrompieron al Dios en su afán por conocerlo, suprimiéndole perfecciones, y convirtiéndolo en hombre, por arte de dialéctica ingeniosa!!

En el capítulo dedicado á la voluntad, Avendaño trata de conciliar la libertad con el determinismo, en la teoría de la predeterminación natural, que es análoga á la formulada por Santo Tomás, seguida por Suarez, Belarminio, Arriaga, y aceptada como de obligatoria profesión por la Compañía de Jesús en 1613, á insinuación de Clemente VIII y Paulo V. Según élla, Dios quiere y prevé todas nuestras acciones: quiere que sean tales y cuales, pero al mismo tiempo desea que sean libres: la acción es querida por Dios, tal como es, pero, al mismo tiempo, quiere Dios que sea libre, y lo es en realidad. La premoción física, significa que el hombre está movido de antemano,

naturalmente predeterminado por Dios, pero predeterminado á obrar libremente de tal ó cual manera. Esta teoría hace de nuestra voluntad libre, voluntad de Dios y, aunque Santo Tomás y Avendaño encontraran la solución mui comprensible, no comprendemos cómo pueden nuestros actos ser libres y necesarios á la vez, ni como pueda ser la voluntad humana independiente y predeterminada al mismo tiempo. Contradicciones que solo son explicables, para quienes concibieron al Dios como un sér eminentemente caprichoso, capaz de realizar todas las audacias, y de comunicar sensatez á todas las irracionalidades. Avendaño cree salvar el conflicto diciendo: "Dios, que conoce "al hombre, sabe que en presencia de una circunstancia, obra- "ría bien ó mal; sabe, sí, que esa circunstancia llegará ó no, "pero prevé con <u>indiferencia</u>".

Para salvar la voluntad humana, comunicándole engañosa apariencia de libertad, el autor comprometía la <u>Bondad</u>, que había considerado anteriormente como superior atributo divino. Un Dios que prevé el peligro, que conoce la impotencia del hombre para vencerlo; que puede evitar el mal en el mundo y que contempla con indiferencia el dolor humano que se acerca, y el sufrimiento que hace gemir á la desgraciada víctima, "<u>ab initium</u>" condenada, es un Dios inmoral, sin belleza y sin bondad; un enfermo, un neropata. Avendaño, no supo salvar las deficiencias de su doctrina de la libertad; por evitar solución contradictoria, incurrió en errores insalvables de mayor trascendencia.

571

En el segundo libro de los "Problemas Teológicos" Avendaño expone sus doctrinas sobre la Trinidad Divina, representándola como un círculo cerrado eternamente: el Padre, Hijo y Espíritu, existen por procesión; pero apartándose de los alejandrinos, cree que el nacimiento del mundo debe ser explicado por un modo de producción totalmente distinto: recurre á la creación, doctrina que defiende con decisión. Las teorías que expone son netamente tomistas; este segundo libro de problemas telógicos, es casi un simple comentario á Santo Tomás, sin que el autor revele alguna propia y feliz innovación, en ese conjunto vasto de muy extensas y pesadas disertaciones. Cuando Avendaño expone la doctrina cristiana de la Trinidad Divina, el lector duda por instantes si lo que entre manos tiene, es un comentario á Santo Tomás, ó una exposición de las doctrinas de los discípulos de Ammonio Saccas. Apenas se concibe, cómo el primitivo concepto filosófico de la Trinidad, ha degenerado con el trascurso de los años, hasta el extremo de materializar los símbolos, haciéndoles perder su antigua significación. Es de las escuelas judía y griega de Alejandría, de los neoplatónicos, de Filón, Plotino, Porfirio, Yámblico, de quienes los primeros pensadores cristianos tomaron el concepto filosófico de la Trinidad. Filón fué precursor del Cristianismo de los Padres de la Iglesia; formuló su doctrina de la Trinidad, en que distingdía el Dios Padre, el Verbo mediador y el Espíritu Santo, que llena todas las cosas y se comunica á ellas "sin menguarse".

575 J66

Para Plotino, el Bien-Uno engendra en el seno de su inalterable perfección, un sér que apenas se diferencia de él mismo; distinto, sin estar separado de él. Este sér es la Inteligencia, (el Hijo). Pero del Bien y del Hijo, se puede concebir todavía un grado de perfección medianamente inferior á los dos primeros: es el Alma ó Espíritu. Y este sér, que se diferencia infinitamente poco del "primogénito", pero que no se confunde con él, engendra á su vez el mundo; y así sucesivamente, se llega hasta los últimos límites del bien comunicable. Tal es la procesión de los seres. Los que poseen ínfimo grado de perfección, anhelan, á su vez, elevarse al grado inmediatamente superior, y los que en este grado viven, al inmediato anterior, operándose en todos los seres un proceso de conversión al Bien-Uno, que con la Inteligencia (el Hijo) y el Espíritu, constituye la Trinidad divina. San Justino, Tertuliano, Orígenes, San Agustín, siguieron estas ideas, pensando como los neoplatónicos, que la Inteligencia procedía del Bien por emanación ó procesión y no por creación. El desacuerdo entre alejandrinos y cristianos, comenzó al tratar de determinar la dignidad relativa de la Inteligencia y de la Unidad absoluta; defendiendo los primeros la tésis de que la Inteligencia procede del Bien era inferior al Bien mismo, y afirmando los segundos, que la inteligencia engendrada por el Bien es igual y coetánea con él. Además, según los teólogos cristianos, el mundo no se origina por procesión divina, como afirmaban los alejandrinos, sino por

creación. En ambas doctrinas, los mismos elementos formaban la Trinidad Divina. El Bien-Uno (el Padre), la Inteligencia (el Hijo, el Verbo) y el Espíritu.

El Padre y el Hijo, son, pues, expresiones simbólicas que corresponden al Bien-Uno y á la Inteligencia: apenas es concebible, como el trascurso del tiempo, la ignorancia difundida y la vulgaridad del pensamiento que impide elevarse á verdaderas abstracciones, han podido conducir á los cristianos á la humanización de un símbolo, á la materialización de conceptos mentales, haciendo de dos símbolos, dos personas humanas: un venerable anciano y un joven hombre, ante cuyas imágenes los fieles se prosternan en los templos, sin saber porqué, ni á quién adoran; creyendo sí, que, entre las nubes, existe un apacible anciano de gesto sonriente que con sus manos con el mundo juega, y que á su lado vive realmente el hermoso joven hombre, de azules ojos y flotante cabellera parda, cuya imagen en los templos veneran los devotos y besan con fruición labios pecadores de arrepentidos creyentes, sin saber porqué: aman y acarician, sin saber á quién. ¡¡Cuanto derroche de hermoso sentimiento, cuánta felicidad, cuánto dulce engaño, cuánta amable y risueña creencia, pueden hacer brotar en la humanidad, el olvido involuntario de una significación, y la personificación de un simple símbolo!!!

Avendaño es un buen comentador de teología tomística; cuando quiere ser original no se muestra muy afortunado en sus innova-

ciones. En él, admiramos al defensor de derechos, al apóstol de la justicia, más que al teólogo discutidor y polemista.

Don JUAN DE ESPINOZA MEDRANO (el Lunarejo), supo unir en su espíritu al amor por la Teología, con la afición á la Literatura. Nacido en 1632, en un pueblecito de la provincia de Aymaraes, hizo sus estudios en el Seminario de San Antonio, y recibió grados en la Universidad Cuzquense. Se distinguió tanto como estudiante por su contracción al estudio y por sus éxitos literarios, que apenas hubo concluido la educación superior, fué nombrado catedrático de Artes y Teología en el Seminario. Ordenado de sacerdote, sirvió con general beneplácito el curato de la parroquia de San Cristobal, y obtuvo por concurso en 1681, la canongía magistral de la catedral cuzquense. Fué más tarde, chantre de esta misma iglesia y, pocos días antes de su muerte, que acaeció en 13 de Noviembre de 1688, recibió la real cédula en que se le ascendía al arcedianato.

Escribió Espinoza Medrano una "apología en favor de don Luis de Góngora";un librito de Lógica, muchos sermones, y tres opúsculos: un poemita intitulado "aprendiz de rico", el Panegírico por la protección de las ciencias y estudios dedicado á Don Juan de la Cerda y de la Coruña; y un discurso sobre tema de Derecho canónico. Estas obras conquistaron á Espinoza Medrano inmenso prestigio. Don Alonso Bravo de Paredes, catedrático del colegio del Cuzco, le llamó Fénix Criollo y Demóstenes indiano.

578 V77 .3

El Lunarejo, contó entre sus discípulos, al poeta culteranо Diego de Loayza y Zárate, alcalde que fué del Cuzco; y mereció que don Pedro Peralta, en su Lima fundada, le dedicara la octava que dice:

"Dispón la admiración para el que objeto
Es de mi vaticinio esclarecido;
Del Helicón peruano alto, discreto,
Apolo de sus musas aplaudido;
El Espinosa á cuyo fiel respeto
Las ciencias el tributo habrán rendido,
Que el veloz ejercicio de estudiarlas,
No aprenderlas será sino inspirarlas"

La "apología" publicada en Lima en 1662, dedicada al conde duque de Olivares, es defensa ardiente y muy exagerada de la obra poética de don Luis de Góngora. Sin distinguir entre las poesías de este autor, las buenas y malas composiciones correspondientes á distintos momentos de su vida, Medrano llama al jefe del culteranismo, "príncipe de los poetas líricos de España y padre de la cultura". El autor del apologético por exagerar, confunde y se extravía. No se puede dejar de reconocer en Góngora dos momentos muy distintos de su obra poética: aquella época feliz de su vida, en que fiel observante de la tradición literaria y respetuoso imitador de las grandezas de Herrera, cultivó la oda con elegancia y distinción, con exquisita naturalidad y graciosa fantasía, y aquel momento desgra-

579

ciado en que cegado por el afán de "hacer algo que no fuese para el vulgo", se dejó arrastrar por el novedoso encanto que le producían los sonetos de Luis de Carrillo y Sotomayor, dedicándose al cultivo de artificiales antítesis, de violentas inversiones, de metáforas exageradas, ingeniosas y vacías, haciendo esfuerzos por imitar las extravagancias de estilo de "La Lira" y "Adone" de Giovanni Battista Marino. Si la primera dirección artística produjo en Góngora frutos de exquisito jugo, creaciones poéticas dignas de sinceros aplausos, admirables por la severa sencillez que ostentan y por la inspiración sobérbia que en éllas luce, la segunda tendencia literaria inclinada á la originalidad extravagante, á la confusión y oscuridad, le condujo á delirios de enfermo, á locos artificios, cuyos errores ningún crítico que no sea pasionista extremado, puede dejar de reconocer. Hay un abismo que separa ambos estilos; ejemplos del primero son la Oda á la armada de Felipe II, el romance de Angélica y Medoro, Amor puesta en razón y la canción á la Tórtola: del segundo, las Soledades y el Polifemo. Admírese la belleza artística, la sencillez de forma de la siguiente estrofa de la Oda á la armada:

"O ya isla católica y potente
Templo de fé, ya templo de heregía,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algún día
Ornó corona Real de oro luciente
Ciña guirnalda vil de estéril yerba;

J/1

Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fé ricos;
Ahora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del huso,en vez del cetro y de la espada;
Mujer de muchos y de muchos muera,
¡Oh reina torpe! Reina no, mas loba
Libidinosa y fiera
¡Fiamma del ciel su le tue treccie piova!"

Cómo puede haber semejanza entre la elegancia de estos versos con los que en seguida insertamos y que son los primeros de <u>las Soledades</u>?

"Era del año la estación florida
En que el mentido robador de Europa
(Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo)
Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas;
Cuando el que ministrar podía la copa
A Júpiter, mejor que el garzón de Ida,
Naufragó, y desdeñado sobre ausente
Lagrimosas de amor dulces querellas

581
D/2

Dá al mar que condolido,
Fué á las ondas, que al viento
El mísero gemido,
Segundo de Arión, dulce instrumento!

De todo este hacinamiento de frases, sólo se entiende el primer verso, y con él bastaba para que el lector comprendiera que se trataba de la Primavera. Mucha razón tiene Menéndez y Pelayo, cuando dice del poema de las Soledades: "Nunca se "han visto juntos en una sola obra, tanto absurdo y tanta insig- "nificancia: cuando llega á entendérsela, después de leídos sus "voluminosos comentarios, indígnale á uno más que la hinchazón, "más que el latinismo, más que las inversiones y giros pedantes- "cos, más que las alusiones recónditas, más que los pecados con- "tra la propiedad y limpieza de la lengua, lo vacío, lo desierto "de toda inspiración, el aflictivo nihilismo poético que se en- "cubre bajo esas pomposas apariencias, los carbones del tesoro "guardado por tantas llaves". Estas diferencias de estilo entre composiciones excelentes y extravagancias lamentables, las desconoce Medrano, en su juicio sobre Góngora. Para él todas las producciones del maestro, son iguales en méritos. Prodiga merecidos elogios á esa canción que dice:

"De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
Tejidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente

Que piden con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores,
Guarda de estos jazmines,
De abejas era un escuadrón volante,
Ronco si, de clarines,
Más de puntas armado de diamante;
Píselas en huída,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y más besos te pido
Que abejas tuvo eà escuadrón armado:
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tu en panales.

Hay en esta canción, y principalmente en la de la "Tótola", admirable suavidad y delicadeza, frescura y lozanía de jardín primaveral, solo comparables, con las que exhalan aquellas rosas entre las que vió Santillana á la vaquera de la Finojosa, y esplendores como los de aquella mañana en que el buen marqués perdió el camino,

"Faciendo la vía
"Del Calatreveño
"A Santa María".

Si Espinoza Medrano limitara sus elogios y entusiasmos á estas composiciones que escribió Góngora en sus más felices

dias, nada tendríamos que objetar. Pero sin distinguir bellezas y repeler absurdos, el Lunarejo admira y recomienda desatinadas producciones y extravagancias como las que siguen, que por ser de su maestro le parecen revelaciones geniales:

"Rico de cuanto la agua engendra bienes
Dulce ya concediéndole risueña
Pasos no al sueño; tregua sí al reposo
A la del viento cuando no sea cama
De fresca sombra, de menuda grama".

.....

.....

"El fresco de los céfiros ruido,
El verde de los árboles celaje,
Mientras el viejo tanto acusa tea
Al de las bodas Dios alguna sea,
De nocturno Faetón carroza,
Tanta ofrecen los álamos zagala".

.....

.....

"Y que por las calles espaciosas
Fabrican arcos rosas
Cuantos del uno ya y del otro cuello
Cadenas de concordia engarza rosas,
En las que damasco manteles Flandes"

Necesario es reconocer que de este conjunto de disparates nada se entiende, y que el Polifemo y Soledades que en éllos abundan, acusan en su autor inequívoco extravío.

Pero Espinoza llegó á la ceguedad en su entusiasmo por Góngora, é intolerante contra toda crítica, llama á quienes condenan con justicia estos errores de su maestro, "hombres "no doctos, medio necios y todos locos", y agrega contra Manuel de Faria, el portugués enemigo del culteranismo, que "el condenar aciertos que no se pueden imitar, es ladrido que amo-"tina contra la doctitud el desvanecimiento". Circunstancias del momento histórico, explican los extremados apasionamientos de Medrano. Educado escolásticamente y muy aficionado á la teología, enemigo de lo preciso y de lo concreto, amaba la oscuridad y confusión, porque en éllas vivía habitualmente su pensamiento, y sentía inmenso goce en discutir y averiguar el verdadero sentido de los impenetrables versos de su maestro, idéntico al placer intelectual que le proporcionaba la interpetación difícil y caprichosa de un pasaje de la Escritura, ó de una sentencia de un Santo Padre; á estas causas, se agregaba otra no menos influyente. El Lunarejo, como verdadero "docto" en teología, amaba demasiado el Latín, el idioma por excelencia de todo buen sacerdote: creía que habituar al idioma castellano á entrar en los adornos de la grandeza latina, era "atrevimiento ínclito, proeza ilustre". Esta devoción exagerada al Latín, le hizo transigir con todos los errores cultera-

595
v776
587

nos: disculpaba los mayores atentados contra la sintaxis, si se sujetaban á las complejas reglas de la poética latina. Olvidaba el autor de la "apología" que cada idioma posee propia fisonomía; que empeñarse en unificar y confundir giros y construcciones, solo es explicable en quien se propone renunciar á idiomas formados, para hacer de todos extraña amalgama, satisfaciendo original capricho de esperantista laborioso y convencido. Cree, por ejemplo, que decir:

"Cuanto en las cumbres asperas cabrío",

es expresión muy gramatical, y la razón que dá en favor de ella, es que Virgilio había escrito: "Ite meae quondam foelix pecus, "ita capellae", y que así como en la construcción latina meae, está distante de capellae que es su concordante, tenía que permitirse en castellano, distanciar cuanto de cabrío, su concordante. Ocurrencias naturales en quien consideraba la teología como sabiduría suprema, y el lenguaje de los teólogos, como el más excelente entre todos los humanos. Confundir el pensamiento en la teología, fué anhelo de Espinoza como teólogo; confundir el castellano con el latín, fué propósito que persiguió como gramático. Ambos esfuerzos correspondían á una misma intención: procurar la soberanía de la Religión.

No comprendemos cómo Espinoza pudo afirmar, en defensa de las doctrinas de su maestro, que Góngora no abusaba del Hipérbaton. Si no emplea el Tmesis y el Hysterón, usa no pocas veces al Anastrophe el Parealtesis y el Sinchesis. Ejemplo del

586
J=77
580

Parealtesis, hipérbaton que consiste en interponer, dentro de una sentencia otra, con cuya supresión no se altera el significado de la primera, es la siguiente estrofa con que comienza "Soledades":

"Era del año la estación florida
En que el mentido robador de Europa
(Media luna de armas de su frente,
Y el sol todo los rayos de su pelo,)
Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas".

Pueden suprimirse los versos que van entre paréntesis, sin que se desfigure el pensamiento principal que se refiere á la Primavera, en que Júpiter, "luciente honor del cielo"

"en campos de zafiro pace estrellas".

Ejemplo de sinchesis, donde quedan confundidas y revueltas las palabras que completan una frase, es el siguiente:

"de oyentes copia el sitio le ofrecía
silvestres y volátiles inmensa",

versos en los que Góngora, describiendo un paisaje, quería decir: "que el sitio le ofrecía copia inmensa de oyentes silvestres y volátiles"; pensamiento que expresaba, empleando construcción completamente virgiliana, impropia para el castellano. Sorprendente es que el Lunarejo, que tanta admiración sentía por Góngora, á quién llamaba "padre de la cultura, esplendor

"de Córdoba, ornamento de España, y portento del orbe", no estuviera inficionado por el culteranismo. El apologético es elogio exagerado de esta escuela y de su jefe, pero está escrito en castellano puro y sano. Esta misma aseveración nos merece el poema "El aprendiz de rico", que escribió Espinoza Medrano, dedicándolo al vizconde de Portillo. Sin ofender á la sintaxis y sin incurrir en extravagancias culteranas, imita el Lunarejo la ligereza de cierto género poético que ostentó Góngora en "Amor puesto en razón" y en otras composiciones. El autor eligió como argumento de "El aprendiz de rico" una escandalosa falsificación de moneda, delito del que resultó reo en aquella época, un acaudalado minero de Potosí, apellidado Rocha, que por aquel hecho fué condenado y murió en el cadalso. El poema comienza así:

"Vizconde mi señor, pues Usiría
mas que en su estado en su agasajo cierto
me dá portillo abierto
por donde pueda entrar la musa mía,
como quien llega y á decir se atreve
éntrome acá que llueve:
dejádme entrar con ella en vuestro agrado
que el agua es general: y pues me acojo,
es que también en mi interés me mojo,
diré, si no os enfado,
el mayor de mis males, si mas fiero

le puede haber que quiebras de dinero!

.....

"Casi á dos trancos de salir de casa,
y en mediana salud convaleciente,
de caudal competente
para hacer excepción de la ley dura,
que ha dado en entablar con tiranía
en hambre y desnudez la poesía.
En esta, pues, mediana suficiencia
en que á dos silogismos
mi caudal concluyeron los guarismos,
me cogió la violencia
de la peste común que á todos hiere,
de que si el rico enferma, el pobre muere."

Siguen 21 estrofas que no pecan por dicción extravagante ni por amaneramiento y confusión de estilo: el pensamiento está expresado con claridad, sin ocultarse entre frases ininteligibles y enigmáticas que tanto agradaban al culteranismo. Espinoza era discípulo de esta escuela, pero no se dejó arrastar por sus exageraciones.

Los sermones, son 30, están coleccionados de un libro que existe en nuestra Biblioteca Nacional. La lectura de esas piezas literarias se hace indispensable para conocer las creencias filosóficas del autor, quién se manifiesta en ellas como fiel

discípulo de Santo Tomás de Aquino. En un panegírico dedicado al Doctor Angélico, decía así: "A Tomás quiero, de Tomás "aprendo, á Tomás me voy; no quiero saber si no me enseña To- "más; Tomás diré, aunque los filos del cuchillo me amaguen "fatalmente la garganta". Las salutaciones de estos sermones se inspiran en algún pasaje de la Escritura, en algún episodio histórico, cuyas aplicaciones son breves y agudas.

El Evangelio dirigía su oratoria, que á veces se complacía en hacer hermosas descripciones floridas. Entre los sermones hay algunos, como los panegíricos á Cristo, notables por la elocuencia que en ellos se agita. Hay otros de segundo orden, como los referentes á la Virgen María; los que tienen por objeto ensalzar virtudes de santos, son de muy escaso valor. La oración panegírica al augusto sacramento del altar, pronunciada en la catedral de Cuzco en 1684, tiene pasajes que hacen recordar la fogosa elocuencia que gastaba Saavedra Fajardo en sus "empresas políticas", ó la que lucía no pocas veces Juan Eusebio Nieremberg. La imagen de la muerte, por ejemplo, sugiere al Lunarejo, las siguientes expresiones: "No "hay felicidad sin sobresalto, gozo sin susto, júbilo sin pe- "sar; no hay deleite sin riesgo, flor sin veneno, ni vida sin "muerte". "Todo lo dije ya: amagos de sepulcro, á qué robus- "tez no atemoriza, qué placer no aguan, qué prosperidad no "turban? Universal asombro es la muerte de todo viviente!! "Notable su tiranía. Monstruo cruel, fiera inexorable, que po-

V 8890 590

"derosa triunfa, qué aleve sobresalta!! Entre las flores de "una felicidad se esconde, de los sudores de una juventud se "disfraza. En qué jardín que floresca no se emboscа la segur "sanguinaria? así engaña, riendo púrpuras de rosa, pero al "cortar un pimpollo, aspid que enroscado dormía entre las ma- "tas despierta, pica y mata. Ah! víbora fatal, qué hacías en- "tre los jazmines fabricando estragos? Oh! muerte alevosa, "yaces entre flores para forjar venenos? Abeja infausta es "la muerte que con trágico zumbido de negras alas, ronda los "huertos, marchita los abriles, destroza las flores, fabrica "por cera palidez macilenta, destila por miel venenos fatales" En estos elocuentes discursos está determinado el carácter de Espinoza Medrano en su calidad de maestro de Artes y Filosofía de la juventud. El Lunarejo es, como la mayoría de sus contemporáneos, dogmático extremado, sectario intransigente. Desprecia la ciencia y considera pueril locura oponerla al dogma: el criterio de evidencia sufre una inversión, y la experiencia nada vale, porque la verdad reside en las intuiciones misteriosas del místico, y en las revelaciones de los inspirados. "El "ánimo del varón santo cuando enseña verdades, vé más que sie- "te atalayas juntas por subidas que estén en la cima del monte. "Vé más Tomás durmiendo que todos los sabios velando"(1). La teología de Santo Tomás es para él "plenitud de ciencia en que "reside la sabiduría eterna". Por esta fé inquebrantable en la

---

(1) Espinoza Medrano, panegírico á Santo Tomás, 1685.

591

palabra de los Santos Padres, el Lunarejo revela en sus escritos mucho atrazo científico. Cuando ya Descartes, precursor de Kant y de Laplace, había aplicado leyes naturales á la formación de nuestro sistema del mundo: cuando Hobbes había señalado los límites entre el conocimiento y la fé; cuando Newton había publicado sus "principios de filosofía natural", Espinoza Medrano, ignorando ó desconociendo estas trascendentales revoluciones del conocimiento humano, encerraba su enseñanza dentro de los viejos torreones de la ciencia patrística, y exponía la caterca de la formación del mundo, antiquísima doctrina medioeval, inspirada en las Divinas Escrituras. Decía que Dios no creó el Fuego en el principio del mundo, sino que lo edujo de la materia acuosa, porque el Génesis expresaba que "Dios al "segundo dia de las infancias del orbe, mandó conglobarse el "Firmamento entre las aguas, dividiendo las ínfimas de las su- "periores". De estas afirmaciones deducía Espinoza Medrano las siguientes conclusiones: "el Firmamento fué hecho en medio de "las ondas; antes del firmamento no había aire ni fuego, porque "de haberlos ya, estarían las aguas superiores divididas de las "inferiores por el aire y el Fuego y, consiguientemente, no las "habría Dios dividido con el Firmamento como quiere la Escritu- "ra. De las aguas fué fabricado el Firmamento, esto es, todos "los orbes celestes, y juntamente el aire y el fuego. He allí "el sequísimo y calidísimo Fuego, nacido de los líquidos humo- "res del agua; le viene de alcurnia lo líquido, pues, aun la "primera llama del mundo, prendió en las líquidas humedades de

"aquel elemento; y de licores fué encendido el ardor primero". Por medio del silogismo, empeñado en derivar conclusiones de los dogmas, adquirían prestigio las ocurrencias más extravagantes: se creaba ciencia subordinada á la fé, ciencia falsa, sin fundamento real, sin base de experiencia ni de análisis; la lógica de la fé dominaba al raciocinio, y un mundo caprichoso y falso, construido por urdidores de silogismos, por doctos escolásticos, remplazaba á la vida real, y á las creaciones de la Naturaleza, extrañas á toda significación religiosa.

Para nuestros maestros del siglo XVII la ciencia no se separa de la religión, y los libros sagrados descontando el porvenir intelectual de la humanidad, encierran la eterna sabiduría de todos los siglos.

Si en sus aficiones literarias Espinoza Medrano fué discípulo de Góngora sin incurrir en afectaciones de escuela, como maestro de Artes y de Filosofía, fué decidido defensor y propagandista de las doctrinas de Santo Tomás, y enemigo de toda libertad de pensamiento y de toda ciencia independiente.

MISTICISMO Y CONTEMPLACION EN LA COLONIA - FERNANDO VALVERDE Y PEDRO PERALTA.-Después de un siglo de educación sectaria, la preocupación religiosa que absorbía el pensamiento, produjo en las almas modificaciones profundas. La juventud crecía triste y abatida; sus alegrías, agilidades y espontáneos movi-

593

mientos, eran ahogados en los colegios, que hicieron flotar en todas partes la imagen de la muerte. La Tierra era el escabel del gran Dios: el cielo, su vestidura. Todo desaparece ante la idea absorbente del señor y del dueño, y el terrible rostro y la voz amenazadora del dominador irresistible, aparecen siempre detras de todas las cosas del mundo fugaz y efímero. Para los maestros coloniales, la naturaleza y los hombres no son nada por sí: sirven á Dios; no tienen otra razón de ser; el Universo desaparece ante el Ser uno é inmenso que extendiéndose y alzándose, como enorme llama, ante el pensamiento humano, consume todos los seres entre sus rayos dorados, cubre é incendia todo el horizonte. El primer esfuerzo de esas inteligencias consistía en leer con asombro la historia del pueblo-rey, para palpitar con emoción al sentir los conmovedores sentimientos del Evangelio y los acentos viriles de la Biblia: el Dios hebráico vivía en el alma colonial, con no menor soberanía que la que ostentó sobre las arenas y montañas donde apareció, para hacerse adorar del pueblo elegido. El espíritu gira en torno de la misma idea, la idea del pecado, del arrepentimiento, de la renovación moral; el pensamiento dominante es el del corazón humillado ante la justicia invisible, cuya gracia se implora para conseguir reformas subjetivas; la conciencia vive en plena crisis, en zozobra incesante, en violencia y opresión, herida por los espectáculos conmovedores que á diario contempla.

Al lado de la imagen del Cristo descarnado por la agonía,

por el desgarramiento de la vida que se extingue, están los inocentes oprimidos que mueren en el suplicio por haber defendido alguna convicción personal; los condenados que sucumben en las llamas de hogueras inquisitoriales, resignados y silenciosos, en medio de la indiferencia irónica de los poderosos del siglo, de los sacerdotes, de los comerciantes usureros y de los traficantes de esclavos. Mas allá sobre la tierra enrojecida, se levantan dolorídos cuerpos empalados, y se ven troncos inertes decapitados por la mano del verdugo; y las cabezas de las infelices víctimas ruedan por el suelo mientras que, entre aceros relucientes y hachones encendidos, un obispo, arrodillado ante un crucifijo, reza con fervor, juntando sus huesudas manos en actitud suplicante. A otros que han hablado mal de algún prelado, ó de las reliquias, ó de algún sacramento, se les condena á abjurar, á hacer penitencia toda la vida; se les saca por las calles, con medio cuerpo desnudo y montados sobre asnos, y se les flagela horriblemente con un azote armado de púas.[1] Se les encierra en diferentes monasterios, ó son deportados á los presidios de Valdivia, donde deberán trabajar para merecer que se les alimente; ayunarán á pan y agua todos los viernes de su mísera existencia, y se les marcará con un fierro candente, con sello de infamia. Semejantes espectáculos no se olvidan; las últimas exclamaciones lanzadas sobre la pira, las invocaciones supremas que hace el moribundo á Dios y

---

(1) Odriozola - Ver Documentos Literarios é Históricos

V56 595 57

al Cristo, permanecen imborrables en la conciencia de los espectadores y, aunque éstos callan, en medio del silencio obligado, circula un cuchicheo que desciende filtrando, á través del enrejado de las celosías corridas, de los balconcillos de las casas solariegas; y grandes angustias, sordas agitaciones, recuersos tristes y resentimientos, invaden la conciencia inquieta y vacía. Los hombres piensan en su salvación; se alarman, se asustan de los juicios de Dios, dudan de la santidad de prácticas tan sanguinarias, temen condenarse si permanecen obedientes á extraños ritos impuestos: en la soledad de los campos, en la tranquilidad de los claustros, en el sosiego nocturno de la población adormecida, los hombres meditan, el alma siente miedo, se torna melancólica y sombría, cree que no hay obra ni criatura en la tierra capaces de verificar regeneración saludable, se piensa que el mundo es, como decía San Agustín, "una perdición" y que solo el Dios puro, el Salvador, el Justo inmolado, es capaz de ahogar tanto mal que sofoca. Entonces se impone la oración interna; el ardor secreto que abrazaba, se revela en la oración fervorosa, en el culto interior, desprovisto de sensualismo y de obediencia; en el coloquio directo del alma invisible y del juez invisible, el espíritu ha encontrado su poema salvador en la vida de Cristo, y una divina languidez, un ensueño místico, conduce irresistiblemente á la "Imitación". Los hombres se preparan para el gran día en que ha de descender el vengador, el juez omnipotente; sienten sacudidas interiores, tienen visiones soberbias del paisaje lumínico y grandioso que vislumbran al través

V37 596

de las tinieblas del siglo: son cuadros llenos de vida y de lus, en los que aparecen ángeles con vestiduras deslumbradoras, espadas serpentinas y flechas de vengadores que vienen á castigar la tierra, y monstruos infernales que mastican la cabeza y el cuerpo de los inicuos: delirios fantásticos, efectos de la exaltación religiosa, dignos de ser grabados por la hábil mano de Alberto Durero.

Estas observaciones sicológicas corresponden á la tendencia mística que existió en el alma del Perú colonial, y que tuvo expresión bien caracterizada en el siglo XVII y comienzos del XVIII, en la "Vida de Cristo" de Fernando Valverde y en la "Pasión y Triunfo de Cristo" de Don Pedro Peralta Barnuevo Rocha y Benavides. En las páginas de estos libros, tras las narraciones, á veces monótonas y tristes como un canto llano, á veces vibrante de entusiasmo como un himno de gloria, se descubren arranques, delirios de fé, visiones beatíficas, almas angustiadas por el temor de condenaciones eternas, que sienten horror por la vida mundana, que desprecian felicidades terrenales; y tras de arrebatos místicos y locos delirios, la debilidad, el desfallecimiento de espíritus sin voluntad, agotados por la pasión que consume. En frases y discursos que esas páginas contienen, se agita un sentimiento religioso inmenso, misterioso, que se aviva con las adivinaciones del gobierno divino y del mundo invisible, únicos que inspiran fé, únicos subsistentes, únicos verdaderos á despecho de las apariencias corporales, de la infamia de los hom-

bres que reniegan, y del azar brutal que parece decretar la discordia y la lucha entre las cosas. Los autores de esos libros sienten fuerzas extrañas que los guian, se creen inspirados, perciben como los misticos, voces celestiales y lejanas armonías: son genuinos representantes de un momentos histórico en que el espíritu nacional vivía aprisionado entre los murallones de piedra de una ciudad, en la cual abundaban templos y monasterios: en esa ciudad, había quietismo sagrado, interrumpido apenas por el clamor de las campanas de las iglesias: los nuemrosos templos estaban llenos de fieles, cuyas almas eran heridas todos los días por los versículos del Evangelio que golpeaban como arietes; diariamente, la litúrgia desarrollaba plegarias imponentes; se percibía á ratos el canto de las congregaciones en los conventos, voces tristes, voces de creyentes que se apagaban para resurgir de nuevo, volver á decrecer hasta morir en un murmullo lejano, mientras el órgano entonaba gravemente el ángelus, aumentando el recojimiento público: era la hora en que, en los generales de colegios y universidades, los estudiantes discutían agitados, combatían armados de silogismos, casos de conciencia y temas teológicos: mientras los buenos doctores, los teólogos meditabundos, rígidos, cubiertos con ropaje liso y negro de paño burdo, teniendo en las manos librotes doctrinales, forrados en pergamino, cerrados con sólidos broches, descansaban de las fatigas de la enseñanza escolástica, y se paseaban por

J 89 598

los claustros, sacerdotalmente, rezando letanías. Afuera, una raza oprimida y vejada se prosternaba y, entre lamentos y gemidos, elevaba al Eterno una súplica angustiosa, esperando la calma de sus omnipotentes iras inexplicables, á la vez que los virreyes, con gran solicitud, recogían presurosos, el oro de las Indias y lo enviaban á España, en bajeles que salían del Callao para deslizarse sobre las aguas con audacia y majestad, hasta esfumarse en el horizonte, en viaje á Cádiz ó á Cartagena. Y encima de todo, en lo alto, confundido entre nieblas, el viejo Dios de cabellos encanecidos, vivía plácidamente y reía satisfecho, el envolverse en la fervorosa oración colonial que de la tierra ascendía.

Este es el cuadro que la imaginación construye, cuando el espíritu observador examina las obras y estudia los autores peruanos del siglo XVII y cuando siente al través del tiempo, las inspiraciones del misticismo que animan á tantos libros viejos. La "Vida de Cristo" de Fernando Valverde[1], escrita en 1668, abunda en descripciones históricas sobre la vida del pueblo de Israel; consta la obra de siete libros; los dos primeros carecen de importancia, no así los siguientes en los que el autor expone un sistema moral de renunciaciones terrenales, de negaciones de instintos; declara la superioridad de los juicios individuales de conciencia, sobre las opiniones ajenas y las costumbres del tiempo. Para expo-

---

(1) Ver las condenas inquisitoriales que figuran en los "Documentos Históricos y Literarios" de Odriozola.

599

ner sus creencias, Valverde compone infinidad de discursos, que hace pronunciar á Jesucristo en distintas oportunidades. En el libro tercero, capítulo XI aparece Jesús á sus apóstoles y les recomienda la justificación ante la misma conciencia con estas frases: "en vista del fin con que vine al mun-
" do, que fué poner en perfección la ley de Dios, os advier-
" to, que si vuestro linaje de virtud no excediere el género
" de observancia de la ley que profesan los escribas y fari-
" seos y en que instruyen á los hombres, no entréis en el
" reyno de los cielos: porque como cuidan solamente de las
" exterioridades y apariencias, que pueden admirar los pue-
" blos y excitar en ellos aclamaciones y lisonjas, no se em-
" plean en adquirir y obrar virtudes que á los ojos de Dios
" perfeccionan lo interior del alma, y santifican el espíri-
" tu enderezando á la divina gloria con pura intención y sin-
" ceridad sus movimientos. Esta rectitud y justificación del
" hombre interior, que se contenta y gloría con el testimonio
" de su conciencia, pretendiendo los agrados de Dios sin mez-
" cla de otro fin, os he venido á enseñar como alma y comple-
" mento de la ley que dictó Dios en el monte, no para que su
" pueblo escogido idolatrase en la vanidad de los aplausos, si-
" no para que con casto y espiritual amor y culto le adorase,
" como á quien es puro y sumo espíritu".

Con expresión sencilla, con discursos cortos, el autor populariza é impone sus doctrinas. La Vida de Cristo de Fer-

nando Valverde trae á la memoria "El Viaje del Peregrino" del calderero Bunyan; ambas obras son manuales de devoción; en ellas se hace la alegoría de la gracia, en las dos se escuchan igualmente, las palabras severas de hombres que hablan al pueblo para hacer sentir la terrible doctrina de la condenación, del juicio decisivo, del fallo eterno; las ideas se transforman en vasto campo de leyendas que multiplican su fuerza y sus detalles. Valverde cree que somos hijos del pecado, condenados al dolor; que el mundo es lugar de sufrimiento, que los bienes terrenales, aun los más preciosos, son despreciables; y su fé es tan intensa, que condena como inútil todo intento de lucha, todo esfuerzo de voluntad en la vida; hace la apología de la Providencia, exalta la pasividad humana, todo lo espera del azar, de la suerte, de ayudas invisibles. En el capítulo XV, del libro III, en la declamación contra las riquezas, que es una de las mejores de la obra, dice: "no vinculeis vuestras riquezas en la tierra, donde la " carcoma y la polilla las consumen, y los ladrones las des- " entierran y las hurtan. Poned vuestros tesoros en el cielo, " donde no padecerán esos detrimentos y ruinas: y advertid " que donde está vuestro tesoro allí teneis el corazón, y se- " ría lástima que pudiendo vivir los vuestros con los ángeles " en los palacios de la gloria, los trateis como difuntos, " enterrándolos con el dinero, en compañía de asquerosas sa- " bandijas. Considerad que ninguno puede servir á dos seño-

" res contrarios entre sí: que no podéis á un tiempo servir
" á Dios y al apetito de enriquecer, porque son extramadamen-
" te contrarios la codicia y Dios. Y para que no lleguéis á
" experimentar la esclavitud de aquel durísimo tirano, os
" aconcejo que aun los cuidados de lo temporal, que parecen
" más precisos, los despidáis como huéspedes maliciosos de
" vuestro corazón, y no desperdiciéis el tiempo y atenciones
" con que podeis comprar el cielo, en solicitar lo que habéis
" de comer para vivir, ni lo que necesitáis para vestiros con
" decencia; no sea que con el disfraz de cuidados tan inexcu-
" bles, penetre al alma la solicitud de lo supérfluo, que so-
" lo puede servir á la ambición".

Y después añadía: "Poned los ojos en esas aves del aire,
" que ni siembran, ni cogen, ni encierran cosechas en grane-
" ros, y vuestro Padre Celestial las viste y alimenta: y vos-
" otros, por ventura, no valéis más que éllas? Luego con más
" atención os cuidará vuestro padre. Poned la vista en las
" azucenas del campo: considerad cómo crecen y se adornan:
" no labran, no hilan, no tejen, y con todo eso, os aseguro
" que ni Salomón, en la más costosa ostentación de sus galas,
" de su hermosura y magestad, llegó á vestir como una de esas
" flores. Siendo el fin de la solicitud y el ánsia con que
" buscáis el vestido, la comida y otras comodidades, conser-
" var vuestro vivir y extenderlo á muchos años; pertenecien-
" do esto solamente á Dios, cuanto mejor será que arrojéis

" en su providencia esos cuidados, reduciendo todos los vues-
" tros á uno sólo que es contentarle y servirle, como á
" vuestro Criador y vuestro padre? Con esto os he mostrado
" un compendioso arte de tenerlo todo, y de excusar las fa-
" tigas de adquirirlo, que habéis de vestiros y comer, exo-
" nerado de lo cargoso del buscar, gozando las suavidades pu-
" ras del vivir".

Estas doctrinas están en relación con un rasgo distintivo de psicología española que heredamos durante el coloniaje, y que se ha trasmitido íntegramente á nuestra alma contemporánea: la aversión al esfuerzo sostenido, la afición al ocio, la superioridad que se atribuye á la imprevisión y al desorden. La excesiva confianza en la Providencia, concluye en el endiosamiento del azar: se espera más de los golpes de suerte que de la voluntad; la confianza en las sorpresas, en las ayudas imprevistas, que no se saben de donde vendrán, constituyen para los pueblos grave enfermedad de espíritu. Las naciones no pueden vivir de aventuras; por desgracia, la confianza en protecciones misteriosas, en auxilios sobrenaturales, que todo deben resolverlo á nuestro agrado, sin intervención de nuestra voluntad, forma parte principal de nuestra psicología social hereditaria. Los discursos de Valverde, por la intensidad del sentimiento y el vigor de la expresión, se asemejan á las "Meditaciones" de Fr. Luis de Granada. La "meditación" tercera de Fr. Luis, en la que describe el espanto que produce la hora de la muerte, "cuando el alma siente

" que se acerca el vengador invisible", es parecida á la oración del capítulo 34, libro IV de la "Vida de Cristo" de Valverde que dice: "no os cause temor ó espanto los que so-
" lo pueden quitar la vida al cuerpo sin que su poder alcan-
" ce al alma. Quiero, pues, mostraros de quién debéis tem-
" blar, que es solo aquel señor que después de haberos des-
" pojado de la vida temporal, puede arrojaros al infierno:
" á éste temed y á éste amad ....." La misma comparación con los escritos del piadoso y elocuente escritor de Granada, nos merecen los libros V, VI y VII de la obra, en los que Valverde, en cuadros de suntuoso colorido, hace revivir la tragedia del Calvario.

Fernando Valverde es, principalmente, moralista, propagador de doctrinas; es menos artista que Pedro Peralta, quien posee imaginación muy poderosa y violenta, que constantemente le asedia con visiones deslumbradoras. Pero el estilo de Valverde es más igual, su dicción más sencilla y más fácil; en sus escritos, no abundan, como en los de Peralta, metáforas incomprensibles, frases extravagantes, ni amaneramientos culteranos.

PEDRO PERALTA, sobresale por su misticismo exaltado, por su entusiasmo religioso delirante, por su santa locura conmovedora y salvaje, por la sinceridad de su fé que anima todas las descripciones con colorido exitante. Siente con vehemencia el fervor sagrado de un Savonarola, y en su "Pa-

sión y Triunfo de Cristo". Pedro Peralta parece un inspirado: como todos los místicos, sintió fuerzas misteriosas que lo compelían á obras de religión. En el prólogo lo declara así: " no están sujetas á las proporciones humanas las divinas: " que allá la Providencia se gobierna por reglas muchas ve- " ces contrarias á los medios. Cuando quiere, ni observa pro- " fesiones ni se ciñe á estados: porque gusta de que se mues- " tre suyo lo que es raro, y privativo, lo que pudiera pare- " cer común. Parecerá extraño que escriba este libro. Pero " considerándome más arrastrado que aspirante, y más impeli- " do que deseoso, he tenido por destino la elección y por " éxtasis la aplicación. Resignación ha sido, no conato: con- " formidad, no dictamen. Los pensamientos solo han sido adora- " ciones, y mi silencio ha sido el escribiente del influjo. " De manera que cuanto se vé en esta obra, por su objeto, es " solo de aquel señor que habrá querido ser á un tiempo el " asunto y el autor, dándome la lengua para sustentar la de- " voción con su palabra: y abriéndome el oído, para atenderlo " como á maestro, con fuerza á que no debía contradecir".

Peralta obedecía los mandatos de esa voz amable, sobrenatural, que con inmenso júbilo escucharon los predestinados, los elegidos del misticismo, desde Dionisio el Areopagita á San Juan de la Cruz, desde Eckhart hasta Bunyan, desde Lutero, Buysbroek y Jacobo Bohme, hasta Walt Whitman, Edward Carpenter, Richard Jefferies y otros panteístas natu-

F96 605

ralistas. El misticismo de Peralta, tiene el distintivo del misticismo español: carece de metafísica: entre el dualismo del Sankya, el monismo de los Vedas y los arrebatos místicos de Santa Teresa de Jesús ó de San Juan de la Cruz, hay inmensa distancia: los grandes místicos españoles carecen de filosofía, la inteligencia no llega á las concepciones metafísicas, hay en ellos demasiado antropomorfismo: la unión del hombre con Dios es un milagro excepcional; el concepto demasiado limitado de"persona" aplicado siempre á la Divinidad, impide llegar al panteísmo filosófico. En la "Oración del Huerto", que ocupa uno de los capítulos mejores de "La Pasión y el Triunfo de Cristo", Peralta se esmera en hacer descripciones de los sufrimientos del Salvador, luciendo la exaltación imaginativa del doctor"Extático" San Juan de la Cruz. La naturaleza, aparece como preparándose á presenciar el legendario sacrificio del Hijo de Dios, la lucha terrible de la tierra contra el cielo: "todo parece una topografía de la " pena, en que hasta los lugares son símbolos de los mister- " rios". El huerto lo coloca después de un torrente y á la falda de un monte. "El nombre del torrente era Cedrón, que " en idioma hebreo significaba ya oscuridad, ó ya tristeza. " Era un torrente que en un duelo présago de la muerte de " su Criador, cortaba como luto el cauce, y corría como llan- " to su raudal. El monte era el de las Olivas; todo en la " falda guerras, y todo paces en la cumbre; como que el Dador

" de la paz había de obtenerla al mundo por el repecho
" del mayor combate. Era el campo de batalla en la Pasión,
" el mismo que en la ascensión había de ser el capitolio
" del triunfo. Iba á hacer alusiva de la humildad la falta,
" el mismo Señor que había de hacer escalón de gloria la
" eminencia; á postrarse cerca de él fatigado en la tierra,
" el que en su cumbre había de subir al cielo vencedor".Pe-
ralta describe un cuadro tétrico y sombrío en que todo es
horror y asombro: la noche, que, á pesar de una claridad
desmayada, confunde los objetos; los árboles, reducidos á
frondosos bultos, ceden á la imaginación sus figuras, y se
dividen en ramos para abrir paso á la trémula luz: sobre el
lugar, se extiende un manto de silencio que es la elocuencia
del horror; todo conduce á la tristeza con séquito de sustos
y de miedos. La hora es trágica: no se oye más que el rui-
do del Cedrón que hecho un clamor undoso, resuena en las
grutas del Huerto solitario. A lo lejos, se percibe confusa-
mente, el conjunto borroso de la ciudad de Jerusalem, hun-
diéndose en la oscuridad; ya aparecía como un funesto teatro
de la muerte próxima del Salvador. Entre los peñascos del
monte, diseminados, duermen los apóstoles: el maestro camina
acongojado, con paso vacilante; se siente demasiado solo en
medio del silencio que únicamente rompe, de cuando en cuando,
el ruido de las hojas secas caídas sobre el suelo, que se re-
tuercen á su paso. De repente, sufre un golpe horrible y su

cuerpo se estremece: de la espesura del bosque oscuro, ha surgido un grito horrible, de crueldad penetrante, de ferocidad salvaje; es Satán el infame, el impío, que enseñoreado de la selva, ríe lanzando al viento su carcajada burlona; juguetea con los sufrimientos del maestro divino y, capitaneando una banda de demonios, baila entre gritos destemplados, danzas macabras, celebrando vísperas del gran triunfo del Infierno. Satán celebra con júbilo la victoria del mal sobre la bondad, y ríe estrepitósamente, porque cree que ha llegado la hora de vengar la derrota de Luzbel. La naturaleza se resiente con la burla demoniaca, y con angustia anuncia desolaciones inevitables y estragos totales. El cuadro se completa, con el acompañamiento de espíritus angélicos: son los ministros celestiales del Hijo de Dios, y al ver hecha humildad la omnipotencia, les invade la afliccción, mudan en pena la felicidad, y en llanto la armonía de las sonrisas: con admirable estoicismo, obedientes á mandatos superiores, soportan resignados y sufridos, los denuestos de Satán. El Huerto se convierte, anticipadamente, en verdadero Calvario, en campo de lides heróicas, de sublimes luchas de sentimientos, de fuerzas invisibles: y en medio del tumulto que forman los bailes y gritos demoniacos, y los tristes lamentos de la naturaleza dolorida, se escucha la plegaria ferviente y quejumbrosa que como protesta lastimera ante tanto sufrimiento, eleva pausadamente el Salvador al cielo, entre sollozos y lágrimas. Esta es la impresión vivísima que

deja en el espíritu el examen de la "Oración del Huerto", que seduce por la luminosidad del colorido, atrae y conmueve por la intensísima fé que la inspira. La vehemencia de la pasión religiosa sincera y muy profunda, explica en Peralta las exaltaciones de imaginación, indispensables para formar cuadros tan animados, llenos de detalles efectistas. Como San Juan de la Cruz y Malón de Chaide, Peralta cree que por la contemplación, el creyente puede confundirse con la Divinidad: y sus oraciones tienden á producir ese estado de exaltación religiosa que eleva el alma á Dios. Las diversas oraciones de la obra describen detalladamente, episodios de la pasión de Cristo. Sobresale entre ellas la quinta, que es un cuadro de dolor en que el Hijo de Dios aparece llevando sobre sus hombros la cruz, seguido de un cortejo de gente vulgar, de delincuentes y malhechores: es un espectáculo confuso, formado de los más opuestos asistentes: extraordinaria mezcla en que el odio de los fariseos, la crueldad de los ministros, la ira de los soldados, la confusión de las mujeres y el asombro de los circunstantes, se confunden en un conjunto de gritos y sollozos, de rabias y de lágrimas, en un tropel de horrores los más funestos y los más contrarios, donde alternan instigantes furores de demonios y llantos de ángeles reverentes. La obra concluye con una oración á la ascensión de Cristo. Hay que admirar en Peralta(1), la profusión de imá-

(1) Para adquirir noticias de la vida de Pedro Peralta y de las demás obras que escribió, y que no son pertinentes al objeto de este trabajo, ver el Dic. Hist. de Mendiburu.

genes que emplea en sus descripciones; posee verdadera imaginación de artista; sabe distribuir armoniosamente todas las partes del paisaje, que siempre surge ante él con todos sus pormenores, como alucinaciones claras y completas. Valverde y Peralta, representan una tendencia mística-contemplativa, que se reveló en la Colonia, como floración natural de la raza, de la educación y del medio.

Felipe Barreda y Laos